

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 6, capítulo LI

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
María del Carmen Berdejo Bravo

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 6, capítulo LI

**Anotado y revisado por
María del Carmen Berdejo Bravo
(UAM Azcapotzalco)**

Capítulo LI

**Napoleón decide llevar a Maximiliano al
trono de México**

Octubre de 1861 a marzo de 1862

CAPÍTULO LI

NAPOLEÓN DECIDE LLEVAR A MAXIMILIANO AL TRONO DE MÉXICO

Octubre de 1861 a marzo de 1862

Es bien conocida la decisiva ingerencia que Napoleón III tuvo en la erección del imperio; sin embargo no se ha divulgado en México el proceso realizado entre bambalinas, tanto por lo que hace a los mexicanos monarquistas como especialmente en relación al “cultivo” que hicieron Napoleón y Eugenio de la ambición de Maximiliano y Carlota.

Por ello pensamos que en lugar de reproducir algunas cartas de estos personajes en su orden cronológico, era preferible agruparlas para mostrar en forma relevante la secuela de este proceso, hasta fines de abril de 1862, así como la intimidad de las relaciones entre estas dos parejas, que un día se sintieron autorizadas a jugar con el destino de una nación lejana, desconocida para ellos y sin ningún vínculo o relación con ella. Es útil presentar algunos datos biográficos de estos personajes.

Nació Maximiliano el 6 de julio de 1832, en el Palacio Imperial de Schönbrunn en Viena; fue el hijo segundo del archiduque Carlos y la archiduquesa Sofía. Su hermano mayor, Francisco José, heredó el trono de Austria en 1848.

Habiéndose despertado en él interés por el mar, decidió hacerse oficial de la marina iniciando sus viajes en la marina de guerra en 1850 a los 22 años, visitando Grecia, Asia Menor, Italia y España.

El emperador Francisco José le encargó que hiciera una visita oficial a Napoleón III, para conocer la disposición y estado de ánimo de ese monarca frente al imperio austriaco.

El 17 de mayo de 1856 llegó a París, donde permaneció 12 días, enviando a su hermano prolijos informes que permiten conocer con precisión su mentalidad, su facultad de observación y su sentido crítico.

Las minutas de estos informes se encuentran en Viena y han sido estudiados por Egon Caesar Conte Corti.¹ La primera impresión sobre Napoleón III la expresó así: “Su pequeña e insignificante figura, su exterior carente de nobleza, su andar tardo, las manos feas, la astuta mirada investigadora de sus ojos apagados, todo eso forma un *ensemble* no muy apropiado para hacer más favorable aquella primera impresión”.²

Respecto a Eugenia de Montijo, se expresó de este modo: “La emperatriz a la que visité después, la encontré en un estado de gran debilidad y laxitud, se esforzó extraordinariamente en ser amable, sin embargo, estaba también llena de azoramiento. En su innegable belleza, la que de todos modos es realzada por el arte, se ve el tipo español. Tiene mucha nobleza, pero a todo su ser la falta la majestad de la emperatriz.”

De Francia pasó a Bélgica, también en visita oficial, ocasión en la que conoció a la princesa Carlota Amalia que entonces tenía 16 años, pues había nacido en la media noche del 7 de junio de 1840. Después de largas negociaciones en que intervinieron las cortes de Londres, Viena y Bruselas, el 27 de julio de 1857 se celebró la boda de Fernando Maximiliano y Carlota. Contra lo que han dicho escritores románticos, poco informados, no fue este un enlace por razones amorosas, sino un típico matrimonio de Estado. Conte Corti ha dicho al respecto: “Era sin duda un matrimonio de conveniencia dinástica, sin embargo, existía por ambas partes una simpatía tan grande que el matrimonio se convirtió en amor”.³

Al poco tiempo Maximiliano fue designado gobernador general del Reino Lombardo-Véneto, dependiente de la monarquía austriaca.

Tuvo muchos problemas en esta posición y, a principios de 1858, fue separado de ese cargo refugiándose en Miramar, palacio en la orilla del Adriático cuyo proyecto y construcción había dirigido personalmente.

¹Egon Caesar Conte Corti. *Maximiliano y Carlota*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

² Conte Corti, *Maximiliano y Carlota*, p. 40.

³ *Ibidem*, p. 54.

Mientras tanto Napoleón, en auxilio de los italianos que buscaban su autonomía y unidad nacional, estuvo en guerra con Austria y le venció en Solferino.

Maximiliano salió de su refugio a fines de 1859 en compañía de Carlota, viajando por Istria, Dalmacia, Corfú, Málaga, Madera, Gibraltar y Ceuta; dejó a Carlota, en Funchal, bello puerto de Madeira, continuó solo por América del Sur e hizo escala en Brasil a principios de 1860.

Ya hemos presentado en capítulo anterior⁴ el relato de José Manuel Hidalgo, que permite saber cómo surgió, en septiembre de 1861, la candidatura de Maximiliano al proyectado trono de México.

Se inicia este capítulo con la carta, franca o acaso cínica, en la que Napoleón expresa a su embajador en Londres, el 9 de octubre de 1861, su pensamiento y sus planes respecto a México.

Reconoce que desde hace años se le había pedido interviniera para establecer una monarquía en México, pero que, pese a su simpatía por la idea, “no tenía pretexto para intervenir en México”.

Como piensa que en ese momento existen condiciones propicias, está decidido a intervenir para proteger los intereses franceses y evitar que no estén expuestos “a una devastación indígena o a una invasión estadounidense”.

La misiva de Napoleón acusa falta de información o intencional ceguera sobre la real situación de México. Es notorio en ella, su interés en auspiciar un cambio en el régimen político de México.

Al iniciarse el año, Maximiliano le escribe a Napoleón desde Miramar dándose por enterado de los proyectos de crear una monarquía en México y de la idea de presentar su candidatura. Olvidándose de la opinión que externó al conocer a Napoleón, ahora afirma en esa carta, que se reproduce en el presente capítulo, que el contacto que tuvo con él hace años ha quedado “como de esos recuerdos memorables de la vida”. Se muestra también reconocido a la emperatriz Eugenia por el apoyo que ha concedido a su candidatura.

⁴ En el tomo 5 de esta obra.

Considerando que la intriga monárquica llegará pronto a feliz término, señala tres puntos que cree necesarios para llevar a buen éxito su futura función gubernamental: obtener un empréstito de 25 millones de pesos, llegar a puerto mexicano en barco con bandera austriaca y crear una fuerza militar bajo la bandera mexicana pero reclutada en Europa.

Napoleón se apresura a contestarle llenándolo de elogios y le dice que es digno de la hazaña que se proponen, que “servirá para dar a toda América el ejemplo de un buen gobierno”; sintiéndose su tutor le envía al general Almonte para que lo conozca y al que “hará bien en darle plenos poderes y elegirlo para director de la empresa y agente principal”.

Coincide Almonte en su visita a Miramar con el obispo de Puebla. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, que llega presuroso a conocer a los archiduques. El dignatario eclesiástico relata a Gutiérrez Estrada sus impresiones en misiva de excesos laudatorios y serviles juicios sobre Maximiliano y Carlota, a quienes hace unas cuantas horas conoció. Sus opiniones son tan objetivas que, al referirse al príncipe, considera que su talento “se revela en su ancha frente”; pondera a los archiduques con expresiones como ésta “¡Vaya una pareja angelical!” y concluye declarando que “¡Dios se ha servido de juzgarnos dignos de poseerlos durante largos años!”.

Pero estos tres personajes no se han reunido sólo para contemplarse; celebraron conversaciones sobre México de alto interés político que se apresuran a comunicar a Napoleón por conducto de Almonte; respecto al problema de la nacionalización de los bienes del clero, el obispo de Puebla queda comisionado para visitar de inmediato al Papa y “tratar directamente con Su Santidad este punto y otras cuestiones religiosas”.

Carlota no desea quedarse atrás y escribe a Eugenia agradeciendo su participación en la intriga monárquica y, convencida de que pronto será también emperatriz, se despide como “su muy devota, servidora y prima”.

Al recibir Napoleón noticias de lo ocurrido en México en enero de 1862, se indigna y se apresura a comentarlas por correspondencia con

Maximiliano; piensa que el general Prim “parece animado por ambiciosas miras personales”.

El archiduque se manifiesta optimista en su respuesta y, no olvidando su objetivo final, espera “que los votos de México puedan manifestarse libremente bajo la protección de las fuerzas de Europa y en particular de la Francia”. Salta a la vista la confusión de Maximiliano, desea la expresión libre, pero con las bayonetas apuntando al pecho; tampoco ahora se recata en reconocer la “sabiduría de Napoleón”.

DOCUMENTOS

Octubre de 1861 a marzo de 1862

NAPOLÉON DA A CONOCER SUS PLANES
A LA GRAN BRETAÑA

Palacio de Compiégne, octubre 9 de 1861

Conde August Charles Flahaut de la Billarderie
(embajador de Francia en Gran Bretaña)

Mi querido conde Flahaut:

Como supe por Mr. Thouvenel que nuestra convención respecto a México no marcha, quiero expresarle mis ideas con toda franqueza con el fin de que usted se las comunique a Lord Palmerston. Cuando el primer ministro esté enterado de mis intenciones alrededor de este asunto, espero que también él querrá decir francamente el fondo de su pensamiento y que de ello resultarán un entendimiento y una acción comunes. Es inútil que me extienda sobre el interés común que tenemos en Europa de ver a México pacificado y con un gobierno estable.

Ese país, dotado de todas las ventajas de la naturaleza, no sólo ha atraído cantidad de nuestros capitales y de nuestros compatriotas, cuya existencia siempre se halla amenazada, sino que, al fortalecerse, se puede convertir en una barrera infranqueable contra las usurpaciones de Norteamérica, en un incomparable mercado para el comercio inglés, español y francés, explotando sus propias riquezas, en fin, prestaría gran ayuda a nuestras fábricas ampliando sus cultivos de algodón. El examen de estas diversas ventajas, tanto como el espectáculo de uno de los más bellos países del mundo, entregado a la anarquía y expuesto a una próxima ruina, son las razones por las cuales siempre me ha interesado vivamente la suerte de México.

Desde hace varios años, personalidades importantes de ese país han venido a verme para pintarme su deplorable estado y pedirme apoyo, diciendo que sólo una monarquía podría restablecer el orden en un territorio destrozado por las facciones; creo que también se han dirigido a Inglaterra pero, en esa época, yo sólo podía expresar votos estériles. A pesar de mi simpatía, les contestaba que no tenía pretexto alguno para intervenir en México; que en particular en América mi conducta estaba estrechamente ligada a la de Inglaterra; que en el objetivo que ellos proponían creía difícil poder establecer un acuerdo con el gabinete de Saint James; que nos arriesgaríamos a disgustarnos con Estados Unidos y que debíamos esperar días más propicios.

Acontecimientos imprevistos han venido hoy a cambiar la faz de las cosas. La guerra de América (la Guerra de Secesión) ha colocado a Estados Unidos en la imposibilidad de mezclarse en el asunto y, en especial, los ultrajes del gobierno mexicano dan un motivo a Inglaterra, España y Francia para intervenir en México. ¿En qué sentido debía estar dirigida esta intervención? He ahí la cuestión.

Pienso que la convención entre las tres potencias que enviarán fuerzas a América, no debe establecer como objetivo ostensible de nuestra intervención más que la satisfacción a nuestros legítimos agravios; pero hay que prever lo que puede presentarse y no atarnos las manos para impedir una solución que estaría en el interés de todos.

Se me había asegurado que en el momento que se presentasen las escuadras frente a Veracruz, un partido considerable estaría listo en México para tomar el poder, convocar una asamblea nacional y proclamar la monarquía. Confidencialmente, me preguntaron cuál sería mi candidato en este caso. Declaré que no tenía ninguno pero que, dado el caso, habría que elegir un príncipe animado del espíritu de la época, dotado de la suficiente inteligencia y firmeza como para fundar en un país tan revolucionario un orden estable de cosas y, por último, que esta elección no hiriese la susceptibilidad de las grandes potencias marítimas y propuse el nombre del archiduque Maximiliano. Esta idea fue aceptada por el pequeño comité residente en Francia. Las cualidades del príncipe, su alianza por su esposa con el rey de Bélgica, vínculo natural entre

Francia e Inglaterra, el hecho de pertenecer a una gran potencia no marítima, todo esto me pareció responder a las condiciones apetecidas. Y, por mi parte, consideraba una acción de buen gusto elegir un príncipe de una potencia con la cual hacía poco tiempo que estaba todavía en guerra.

Los mexicanos que toman las cosas más vivamente que yo y que están impacientes por ver precipitarse los acontecimientos han sondeado al gabinete de Viena quien, según me han dicho, aceptaría bajo dos condiciones: primera, que el príncipe tendría el apoyo de Francia e Inglaterra y segunda, que le serían expresados leal y francamente los votos del pueblo.

He aquí donde están las cosas. Usted ve, mi querido Mr. Flahaut, que sólo me guía un objetivo en toda esta cuestión; el de ver protegidos y salvaguardados en el porvenir los intereses franceses por una organización que no expondría a México a una devastación indígena o a una invasión estadounidense. Por último, puedo demostrar que lejos de tener preferencias egoístas o repugnantes injustas, sólo busco el bien, convencido de que el intento de procurar el bienestar de un pueblo es un trabajo eficaz para la prosperidad de todos.

En resumen, no propongo nada mejor que firmar con Inglaterra y España una convención en la que el objetivo visible de nuestra intervención será la satisfacción de nuestros agravios, pero no sería posible, sin faltar a la buena fe y conociendo el estado de las cosas, comprometerme a no apoyar, al menos moralmente, un cambio de deseo vivamente porque está en el interés de toda la civilización.

Crea en mi sincera amistad.

Napoleón

MAXIMILIANO DESEA VENIR A MÉXICO
EN BARCO AUSTRIACO

Castillo de Chapultepec, enero 2 de 1862

(A V. M. Napoleón III)

Sire:

El conde Rechberg acaba de comunicarme un informe del príncipe Metternich en que da cuenta de una conversación que V. M. y la emperatriz se han dignado acordarle últimamente, por el cual me entero que V. M. continúa prestando el mismo gracioso interés al proyecto concebido por ella respecto a México y que os ha llevado a presentar mi candidatura en este importante asunto. Sin duda debo esto a las relaciones demasiado pasajeras que mantuve con V. M. en ocasión de mi visita a Saint Cloud, relaciones que quedarán para siempre grabadas en mi corazón, como de esos recuerdos memorables de la vida y que, me atrevo a creer, habrán dejado en V. M. la convicción de haber ganado un nuevo admirador.

Permitidme agregar, Sire, que la benevolencia que S. M. la emperatriz se ha dignado testimoniare desde el origen de la negociación, nos ha conmovido profundamente a la archiduquesa y a mí; he reconocido los nuevos efectos de esta bondad jamás desmentida desde que tuve la felicidad de conocer a esta augusta princesa.

Abordando los tres puntos que V. M. I. se ha dignado señalarme, me permito deciros que en la cuestión de fondos, según la opinión de personas competentes que he consultado, el nuevo gobierno, para poder vivir y poner en orden las finanzas, no podrá dejar de negociar un empréstito de 25 millones de pesos. No es necesario decir que si el

gobierno de V. M., por su influencia sobre los grandes bancos, quisiera facilitar este empréstito, se haría merecedor al reconocimiento de México.

En cuanto al pabellón bajo el cual haría mi entrada a Veracruz,⁵ creo poder lisonjearme de que la marina austriaca hará este último servicio a su ex jefe, con un sentimiento de orgullo perdonable por querer despedirse al poner los pies en su nuevo país. Confío en que mi hermano, el emperador, no rehusará otorgarme este pedido.

El tercer punto señalado por V. M. a nuestro embajador es, tal como vos mismo lo habéis recalcado, el más difícil y, al mismo tiempo, el más importante a resolver. Sería peligroso poner el nuevo poder a merced de generales habituados a la anarquía desde hace tantos años y las informaciones de varias fuentes constaban la necesidad que tiene el gobierno de México de estar rodeado de una fuerza armada propia para imponerse a un pueblo que, quizás menos que ningún otro, comprende la autoridad sin el prestigio militar. Así, pues, mi deseo sería llegar acompañado con una pequeña fuerza militar reclutada en Europa pero que llevaría, sin embargo, banderas e insignias mexicanas y que, poco a poco, debía ser completada con mexicanos para formar después la médula del ejército nacional.

Tal es, en pocas palabras, mi modo de encarar las tres cuestiones que V. M. se ha dignado hacerme presentar. Me felicitaré si coincido con el sabio y sublime pensamiento de aquél de quien considero un honor ser discípulo.

La tarea que me está reservada es, por excelencia, una tarea civilizadora y vuestra opinión, Sire, tiene en esta materia, el derecho de ser escuchada más que ninguna otra. También por seguir las huellas de V. M. he subordinado mi aceptación al ofrecimiento que se me ha hecho, a la condición formal de que mi candidatura esté sostenida por el voto claramente expresado de la nación.

⁵ Se refiere a la bandera del barco que lo traslada a México.

Rogando a V. M. me conserve la graciosa benevolencia que se ha servido acordarme hasta ahora, soy, Sire, de V. M. su muy devoto servidor y primo.

(Fernando Maximiliano)

ALMONTE ES PRESENTADO
A MAXIMILIANO POR NAPOLEÓN

París, 14 de enero de 1862

(A V. A. I., el archiduque Fernando Maximiliano)

Señor, mi hermano:

La carta que V. A. I. ha tenido a bien dirigirme me ha conmovido profundamente, pues contiene para la emperatriz y para mí sentimientos que he apreciado en todo su valor. Hemos conservado un hermoso recuerdo de la estadía que habéis hecho entre nosotros y este recuerdo no es ajeno al deseo que tengo de ver a V. A. I. a la cabeza de una grande y noble misión.

Sus cualidades personales, la ilustre Casa a que pertenece, son títulos que deben asegurar el éxito a la obra que emprenda. A mis ojos jamás obra algunas habrá sido más grandiosa en sus resultados, pues se trata de arrancar a un continente de la anarquía y de la desdicha, de dar a toda América el ejemplo de un buen gobierno, de levantar, en fin, frente a las peligrosas utopías y a las luchas sangrientas, la bandera de la monarquía, apoyada en una libertad administrada con prudencia y en el sincero amor al progreso.

Las ideas de V. A. I. ha tenido la bondad de comunicarme me parecen muy acertadas y cuando llegue el momento haré todo lo que de mí dependa para facilitar su realización.

Desde ahora esperaré con impaciencia las noticias de cómo se desarrollan los sucesos en México; al principio no me atreví, en vista de la desconfianza de Inglaterra, a enviar más tropa; ahora lo siento. No

obstante, hace poco envíe 600 zuavos y no creo que allí se llegue a ofrecer sería resistencia.

Esta carta os será entregada por el general Almonte; es un hombre cabal y además una personas muy inteligente y digna de estimación. Creo que V. A. I. hará bien en darle plenos poderes y elegirlo para director de la empresa y agente principal. Marchará a México y su presencia allí será de la mayor utilidad.

Os ruego recibáis la seguridad de los sentimientos de estimación y sincera amistad con que soy de V. A. I. hermano y primo.

Napoleón

EL OBISPO LABASTIDA Y DÁVALOS
OPINA SOBRE MAXIMILIANO

Castillo de Miramar, enero 20 de 1862

Al señor José María Gutiérrez Estrada

Muy respetable y querido amigo:

Mis primeros recuerdos son para usted. Anoche, a eso de las diez, he llegado aquí a las once fui presentado al muy amable príncipe, cuya vista encanta, cuya conversación atrae e instruye, cuyas maneras dulces y graves tienen tal magia que olvida uno la fatiga del viaje, lo inoportuno de la hora, la necesidad de alimento y hasta consentiría gustosamente en renunciar, con tal de prolongar la entrevista, al mismo descanso de la noche; porque en este semblante hay siempre el sello de una modestia sin igual y de una abnegación que todo lo sacrifica a la dicha de un pueblo, que el príncipe no conoce todavía y a quien ama ya, sin embargo.

Permítame usted, amigo mío, añadir que en su elogio ha quedado usted muy abajo de la realidad. Una hora de conversación me ha descubierto un tesoro moral que nunca sabremos apreciar en todo su valor. ¿Qué falta a este príncipe? Hacíame yo esta pregunta varias veces durante las breves horas transcurridas y mi corazón y mi cabeza han respondido, nada, absolutamente nada.

Ventajas superiores personales a la idea que tratara uno de dar; una instrucción variada y secundada por la reflexión; un talento que se revela en su ancha frente; una memoria fiel hasta a las cosas más pequeñas que pueden concernirnos; infinita delicadeza en la expresión de sus simpatías hacia las personas de quienes habla o ha oído hablar; un vivísimo deseo de conocernos a todos; la solicitud del mejor amigo y del más tierno de

los padres; tales son los rasgos que insuficientemente indico del monarca que la Divina Providencia nos concede para reparar tantos desastres y resucitar a nuestra sociedad.

¡Qué castigo va a ser para la Italia su alejamiento! ¡Qué pérdida para el Austria! ¡Qué desdicha para la Europa entera! De ninguna manera extraño que haya conquistádose todas las simpatías y no me sorprenderá el universal sentimiento que ha de causar su partida. Inexplicable será nuestra demencia si no sabemos apreciar el don que nos hace el cielo cuando todo parecía perdido.

“Si voy a México —me ha dicho varias veces el príncipe— me separaré de Europa para siempre y sin volver jamás a ella los ojos; terrible será esto, pero no me conviene hacer las cosas a medias; mi pensamiento no tendrá ya otro interés, ni yo obraré nunca sino como si hubiese nacido mexicano. Mi compañera ha tomado la misma resolución”.

Mas ¿por qué hablar a usted de cosas que ha visto? Por dos razones: primera, para renovar las impresiones que usted ha experimentado por sí mismo y unirnos en los mismos sentimientos; segunda, para dar gracias a Dios a una sola voz del don con que nos gratifica y que esperamos completará; porque esta obra es suya y perfecta como todo lo que emana de su divinidad.

Acabo de ser presentado a la augusta archiduquesa. Es la afabilidad personificada. Ha comenzado por hacer el elogio de la lengua española que, a causa de su acento y majestad prefiere a la italiana, sin disputar a esta última sus excelencias poéticas y su sello eminentemente musical. En seguida hablóme del proyecto que nos ocupa y disculpó al joven general Miramón de no serla favorable, si al obrar así lo hacía impulsado por un sentimiento de patriotismo.

Grande es el sacrificio que van hacer estos príncipes, pero grande será también su recompensa. ¡Vaya una pareja angelical! ¡Cuán simpáticos son entre ambos! ¡Cómo seducen cuando hablan y se sonríen! ¡Difícil sería hallar príncipes que les igualaran! ¡Dios se ha servido de juzgarnos dignos de poseerlos durante largos años!

A veces paréceme que sueño. ¡Bendito sea Dios por todos sus beneficios!

Reciba usted, etc., etc.

Pelagio Antonio de Labastida
Obispo de Puebla

MAXIMILIANO, ALMONTE Y EL OBISPO DE PUEBLA
PREPARAN UN MEMORÁNDUM

Miramar, enero 22 de 1862

(A V. M. Napoleón III)

Sire:

La bondadosa acogida que V. M. se ha dignado hacer a mi carta de 2 del corriente, me ha causado la más viva satisfacción y aprovecho el regreso del general Almonte en que se ha expresado respecto a mí en la respuesta que ha tenido a bien dirigirme.

Me veis penetrado, Sire, de la importancia de esta misión a la que deseáis destinarme y que calificáis de grande y noble. La bandera que V. M. querría ver desplegada por mí en América siempre ha sido la mía y el objetivo de todos mis esfuerzos será mantenerla alta y firme en el caso de que sea llamado a reinar.

Pero si bien es esta mi resolución, no se me ocultan las enormes dificultades con que la naciente monarquía tendrá que luchar en México y como no me hago ninguna ilusión al respecto, considero la benéfica ayuda de V. M. como condición primordial para el éxito; ha necesitado toda la confianza que tengo en este apoyo para no retroceder desde un principio frente a la dudosa actitud de los españoles; es una medida que, al testimoniar sus buenos deseos respecto a México, ofrece nuevas garantías para el éxito de la empresa.

Os estoy infinitamente reconocido, Sire, de haberme hecho conocer al general Almonte; es un hombre cuyo talento y experiencia servirán de gran ayuda a la causa monárquica en su patria. La casualidad hizo que se encontrase aquí con uno de los más eminentes miembros del

episcopado mexicano, monseñor de Labastida, obispo de Puebla, que en vísperas de volver a su diócesis, se presentó en Miramar.

Los diversos puntos señalados por V. M. al general fueron el tema principal de nuestras conversaciones y de ellas ha resultado un memorándum que tendrá el honor de someteros.

He creído deber mencionar en este trabajo un artículo para constatar la necesidad de un entendimiento perfecto entre los mexicanos conservadores y su cooperación con el general Santa Anna. Tanto como puedo juzgar es muy importante asegurarse el concurso de este personaje que goza de tanto crédito en su país. Ha prometido este concurso en diversas ocasiones y en los términos más explícitos; por otra parte, lleva todas las de ganar en el establecimiento de un régimen monárquico y perdería todo si pensara oponerse a la voluntad de Europa. Me parece que el señor Almonte comparte la opinión de que nada se arriesgaría poniendo a Santa Anna a la cabeza de la regencia que tendría que administrar el Estado hasta la llegada del soberano.

Sólo uno de los puntos que el general Almonte me ha dicho le ha recomendado V. M., no ha podido todavía resolverse en forma definitiva; es el que trata de la nacionalización de los bienes del clero. El obispo de Puebla que tanto sobre esto como sobre otros temas manifiesta opiniones muy sensatas, opina que sería útil conocer el pensamiento del santo padre al respecto. Ha sido encargado de dirigirme a Roma para tratar directamente con su Santidad este punto y otras cuestiones religiosas suscitadas en nuestras conversaciones.

En resumen, creo poder esperar, Sire, que las miras consignadas en la memoria de que es portador el general Almonte y sobre la cual está en condiciones de poder ofreceros toda clase de explicaciones, responderán a las intenciones de V. M.

Soy con la más alta consideración, Sire, de V. M. I. muy devoto servidor y primo.

(Fernando Maximiliano)

CARLOTA AGRADECE A EUGENIA SU PARTICIPACIÓN
EN LOS ASUNTOS DE MÉXICO

Miramar, enero 22 de 1862

(A. V. M. la emperatriz Eugenia)

Señora:

Aprovecho el regreso del general Almonte para expresar a V. M. el reconocimiento que experimentamos por el interés que tomáis en la causa de ese desgraciado país. V. M., que siempre favorece el bien, parece visiblemente designada por la Providencia para iniciar una obra que bien podríamos llamar santa por la regeneración que está destinada a hacer y, en especial, por el nuevo impulso que debe dar a la religión en su pueblo en que las discordias civiles no han podido todavía extinguir la fe ardientemente católica de sus ancestros.

La compasiva bondad de V. M. no le ha permitido olvidar que los mexicanos son de raza española; por lo tanto esta desafortunada nación le será deudora de la primera perspectiva de porvenir que se le da desde hace 40 años y tampoco separará jamás el nombre de su augusta benefactora de el del emperador en las acciones de gracias que elevará a cielo este porvenir se una realidad.

Permitidme agregar, señora, que el archiduque que tiene el honor de conocer personalmente a V. M. y que muchas veces me ha alabado sus condiciones, sus virtudes y sus eminentes cualidades, conservará siempre, igual que yo, un profundo recuerdo de la benevolencia que ella se ha dignado tener respecto a nosotros.

Esperaos muy pronto tener la felicidad de ofrecer personalmente a V. M. la seguridad de los sentimientos de admiración que nos animan respecto a ella y soy, señora, de V. M., su muy devota servidora y prima.

Carlota

EUGENIA CONSIDERA QUE EN MÉXICO
TODO ESTÁ POR HACERSE

París, febrero 3 de 1862

(A S. A. I., la archiduquesa Carlota)

Señora:

A pesar de mi deseo de contestar antes a V. A. I., no he podido hacerlo por haber estado varios días enferma.

V. A. ha definido tan bien en su carta las simpatías que profeso por esa pobre nación mexicana, que resulta imposible agregar nada; espero que después de sus incesantes luchas al fin va a presentarse una nueva era para ese país que sólo necesita que lo gobierne una mano firme y sabia para volver a ser lo que fue. Con la ayuda de la Providencia, tal como lo ha hecho hasta ahora, esperamos que esté próximo el día en que se cumplan los votos de los mexicanos y los deseos de las naciones civilizadas.

Por adelantado sé que V. A. I. será una hada para todas esas poblaciones hoy entregadas a la desmoralización pero que, sin embargo, están prontas a rodear a aquellos que van a unir su suerte a la de ellos; estoy segura que su adhesión será la recompensa del príncipe que abandona su patria y su familia para llevarles la regeneración y la vida.

Todo está por hacerse tanto en el orden moral como en el material; la grandeza de la empresa es la que ha encontrado tan noble eco en vuestros corazones y con una firme voluntad ¡cuántos obstáculos pueden vencerse!

Espero que hayáis leído con interés el informe que nos hizo llegar un oficial de marina de Veracruz y que enviamos ayer al príncipe de

Metternich; lo que tiene de notable es que ignora las instrucciones del almirante Jurien y, sin embargo, ha encontrado en el país el germen de la idea que sólo tendremos que desarrollar y llevar a buen término, con la ayuda de Dios.

Me siento feliz con la esperanza que me proporciona V. A. I. de poder conocerla; la corta estadía del archiduque en París nos ha dejado tan buenos recuerdos que no podemos menos que acoger con agrado la idea de volver a verlo, así como a V. A. I.

El emperador me pide trasmita sus saludos al archiduque y el homenaje a V. A. I. Creed, señora, en la sincera amistad con la que soy de V. A. I. su devota prima.

Eugenia

SEGÚN NAPOLEÓN,
PRIM SE HUMILLÓ ANTE JUÁREZ

París, marzo 7 de 1862

(A V. A. I., el archiduque Fernando Maximiliano)

Mi hermano:

No contesté antes a V. A. I. porque esperaba recibir noticias de México. Las que han llegado no son muy buenas pues el general Prim parece animado por ambiciosas miras personales y ha hecho dar pasos desafortunados al almirante Jurien; felizmente la llegada de mis tropas de refuerzo, cambiará la situación. Pero no podremos conocer sus noticias sino hasta dentro de un mes.

El general Prim en lugar de avanzar y de hablar en calidad de dirigente se ha, por decirlo así, humillado frente al gobierno de Juárez. Su [ayudante] de campo, enviado a México, ha contestado a las personas que manifestaban el deseo de volver a la monarquía "que pronto no existirán más monarquías en Europa".

A pesar de esto, el ministro de Prusia escribe a Mr. de Saligny que el partido monárquico progresa notablemente; un telegrama del almirante Jurien, fechado 9 de febrero, anuncia que al fin la expedición se pondrá en marcha. Los elementos del país parecen estar dispuestos, solamente hay que saber aprovecharlos y estoy desolado de ver que mi almirante se deja manejar por el general Prim. Es una desgracia que España haya encargado a un hombre como ese, de tan grave misión; todavía enviaré a otro general para que examine la situación y vea si el almirante Jurien no debe retirarse. Por último, abrigo muchas esperanzas en el efecto moral que habrá producido la llegada del general Lorencez pues, según todos

los informes que me llegan se detesta a los españoles tanto como se ama a los franceses.

Doy todos estos detalles a V. A. I. para que sepa que hago todos los esfuerzos posibles para que el plan que hemos concebido tenga éxito.

Renuevo la seguridad de la alta estimación y sincera amistad con la que soy de V. A. I. el buen hermano.

Napoleón

MAXIMILIANO ESPERA QUE LOS VOTOS DE MÉXICO
SE EXPRESEN LIBREMENTE
BAJO LA PROTECCIÓN DE FRANCIA

Miramar, marzo 15 de 1862

(A V. M. I. Napoleón III)
(París)

Sire:

Las aclaraciones que V. M. ha tenido a bien hacerme en su carta de 7 del corriente sobre el estado actual del asunto mexicano, me han despertado vivo interés y os ruego recibáis mi más sincero agradecimiento por ellos. Reconozco la grandeza de corazón de V. M. en apoyo de las aspiraciones de la nación, logrará triunfar sobre todas las dificultades que pasiones interesadas oponen en este momento supremo a la creación de un gobierno fuerte y estable en un país que durante largos años se ha visto privado de él.

Esperando que los votos de México puedan manifestarse libremente bajo la protección de las fuerzas de Europa y en particular de las de Francia, creo actuar bien al no dejar de mantener la reservada actitud que la sabiduría de V. M. ha reconocido indispensable.

Al ponerme a los pies de S. M. la emperatriz, os ruego, Sire, le transmitáis la emoción de la archiduquesa por la lectura de su carta y creed en los sentimientos de alta consideración con lo que soy el devoto servidor y primo de V. M.

(Fernando Maximiliano)